

Entrevista cándida con José-María Cundín.

(por Milton M. Martínez.)

En este final del Segundo Milenio, caótico y cambiante, el arte de conversar se está muriendo. No aludo al dulce diálogo hogareño que ya está muerto, gracias a la televisión con su poder manipulador e idiotizante, la cual no nos deja ni un milímetro de margen para usar nuestra imaginación. Estoy refiriéndome al intercambio inteligente de ideas afines u opuestas (que no tienen por qué ser antagónicas estas últimas), estoy refiriéndome a ese ejercicio del intelecto, a esos pocos minutos en nuestro largo, espinoso y estrecho camino que recorreremos en nuestra existencia del “ser ahí”, en los cuales disfrutamos plenamente al descubrir un interlocutor capaz de hacernos reír, arrugar el entrecejo, rascarnos la barbilla y levitar queriendo seguir el alto vuelo de la idea presentada sin máscara en una imagen gráfica (que después destruye por su carácter iconoclasta), en una metáfora, en un símil o en frases hiperbólicas y antitéticas. Mucho más interesante se hace ese ejercicio de intercomunicación cuando el personaje es un reconocido pintor y escultor vizcaíno que ha explorado la sonrisa sin habitar la carcajada sonora, hiriente y panfletaria y que tiene su alma colgada en muchas paredes Pero dejemos a este creador polémico, escindido, contradictorio que nos explique ese privado mundo circular lleno de esperpentos, bibelotes anacrónicos, formas neodimensionales y colores recién inventados, en el cual vive, o tal vez debo decir transita invisible, incontaminado. Sorprendemos a José-María Cundín en su estudio del segundo piso de sus moradas concretando un punto, un segmento o una entelequia de su última obra: “La paradoja de Guillermo Tell. Homenaje a Archimboldo, el maravilloso.”

(MMM.): ¿Y este personaje orgánico-vegetal que culmina con un pedazo de carne como cerebro?

(JMC.): En esta obra me he permitido establecer una paradoja en el sentido de que su manzana, la manzana crítica, que en la leyenda es el catalizador de la verdad, la he convertido en un pedazo de carne y Guillermo Tell, a su vez, está hecho de frutas, una especie de exaltación botánica metafórica. Guillermo Tell es un tema que yo he llevado casi hasta la extenuación, una exposición entera se refería solo a él, por ejemplo: Guillermo Tell con traje de camuflaje, Guillermo Tell con frutas en la cabeza, El padre de Guillermo Tell arreglándole un frutero sobre la cabeza. Hay muchos Guillermo Tell. En este caso quería hacer

homenaje a Archimboldo, El Maravilloso, y mediante esta referencia inédita he conseguido una dimensión visual y subjetiva del Guillermo bastante extraordinaria.

(MMM.): Has querido hacer como una simbiosis de todos los Guillermo Tell.

(JMC.): He querido hacer otro Guillermo Tell.

(MMM.): En tu etapa tradicional, ¿por qué representabas a tus personajes sufriendo ciertas inflamaciones en un entorno neurótico con tintes de lo absurdo crítico?

(JMC.): Lo que tú llamas mi “etapa tradicional”..., ha sido una extensa, muy modificada manera de hacer a lo largo de muchos años, que en efecto siempre ha ofrecido esa constante de inflamaciones. En general he tratado de describir una anécdota muy cualificadamente, haciendo precisiones aquí y allá. Creo que consistió en el establecimiento de la neurosis.

(MMM.): La degradación de la dignidad humana está presente en tu obra antes del cambio, ¿era una crisis de tu visión del mundo?

(JMC.): El hombre es el ser biodegradable por excelencia, físicamente hablando y aquí debería parar la cosa. Lo que sucede es que esa condición ha alcanzado también al espíritu y esto es a lo que torpemente me refiero en mi obra.

(MMM.): El asombro cotidiano de nuestra identidad desconocida se expresa en tu mundo de marionetas, ¿es esto un reflejo de tu percepción del final de la existencia?

(JMC.): No me preocupa el final de la existencia, lo que me preocupa es la existencia misma como hombre empeñado en imitar la creación.

(MMM.): ¿Te preocupa o te fascina la muerte?

(JMC.): Como dijo cierto presidente: “...ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario”. En mi caso podría ser un tranquilo azoramiento.

(MMM.): ¿Nunca has tenido alguna experiencia paranormal?

(JMC.): ¿A qué te refieres?

(MMM.): A videncias, a mensajes recibidos del más allá, a viajes extracorporales...

(JMC.): He tenido referencias extrapersonales sobre esas cosas. He sido testigo de esas experiencias en otros, con alguna proximidad, pero sin garantías porque ha sido otro el que las ha experimentado. Pueda ser que se trate de realidades, pero no son las mías. De todos modos respeto esas cosas y siempre pueden servir como referencia.

(MMM.): Siguiendo por esta línea especulativa, me puedes decir dónde está tu paraíso y tu infierno.

(JMC.): Atortoladamente te diré que este asunto sólo lo alcanzo en una medida insuficiente. Creo en el concepto como formulación del ideal (me refiero al cielo, que del apartamento del “Patillas” no quiero hablar), lo cual automáticamente implica el deseo de su realidad.

(MMM.): Estás un poco escurridizo. ¿Tu vida ha sido un infierno o un paraíso?

(JMC.): (Sonríe maliciosamente.) Es un poco de todo, sin salirse de lo corriente.

(MMM.): Tú eres una persona religiosa. ¿Esperas el paraíso o el infierno?

(JMC.): No lo sé. Estoy impedido para saberlo, así pues mi ignorancia me obliga a caminar con la barba sobre el hombro.

(MMM.): Estás más escurridizo que un jabón en una bañera. ¿Cuántos Cundines hay en ti?

(JMC.): Hay uno solo. No sé cómo puede haber dos. Dos si cuentas a mi sombra. Siempre hay una sombra.

(MMM.): La máscara es un atuendo imprescindible en cualquier sociedad. ¿Tú te has fabricado alguna?

(JMC.): Desgraciadamente sí, una máscara ligera, tenue, para ayudar a mi timidez; pero antifaces mentirosos los evito, sólo cortinillas de humo como la que brinda el cigarrillo. Tú has profundizado mucho en este tema, en tu tercera novela Sitio de máscaras, esas máscaras que tú reseñas son verdaderamente de concreto obligado.

(MMM.): (Señalándole hacia su cara) Esa barba puede ser una máscara.

(JMC.): No, mi barba es un atuendo familiar y hasta patriótico, porque en Vizcaya y en mi casa siempre ha habido barbas, menos mi madre y mi hermana, todos las hemos lucido y en mi caso con un afán apostólico (se sonríe entornando los ojos como en las estampas de San Luis Gonzaga).

(MMM.): Tus cejas parecen que quieren unirse con la cabellera atravesando toda la frente.

(JMC.): Mis cejas son puntos de interrogación. Son dos puntos de interrogación naturales, como natural es el punto de interrogación que establece la garza apoyada en una pata. Como decía León Valencia: “En un lago azul de aguas quietas, apoyábase la garza interrogando a la bóveda infinita”.

(MMM.): Cuando te conocí por primera vez, pensé que eras un hombre muy solitario.

(JMC.): Solitario no. Muy administrado con la presencia de los demás, muy administrado, muy arreglado; no tacaño, pero definitivamente muy arreglado.

(MMM.): Puede ser que tu tiempo tenga un valor distinto al tiempo de los demás.

(JMC.): No me consta en qué manera mi tiempo pueda contradecir la norma del

uso del tiempo de los demás. Yo utilizo mi tiempo en la mejor manera que puedo: trabajando, creando. Mi tiempo queda obligado por la idea, el tiempo no obliga a mi idea. Su utilización (tiempo) está medida en virtud del aprovechamiento de la idea.

(MMM.): ¿Que es lo menos que te gusta del hombre?

(JMC.): Hay muchas cosas que no me gustan del hombre, pero nunca hasta detenerme indefinidamente en el ocio de esas consideraciones; quiero decir que no hay que caer en el alelamiento ante las magnitudes humanas.

(MMM.): ¿Hacia dónde vamos?

(JMC.): Creo que no es asunto de ir a un sitio, es más bien un tránsito estacionario o relativo, un quehacer alquímico vinculado con la espiritualidad. La memoria de nuestros afanes nos explica algo de qué se trata; siempre buscando en nosotros esa dimensión que nos acerque convenientemente a la verdad sospechada posicionándonos entre el miedo y la audacia. Ayer creyendo, hoy creyendo en no creer o descansando en estados de amnesia inducida antes de comprometernos una vez más con el destino de nuestra existencia. En todo caso el programa ya está consignado. El achaque de soberbia colectiva de editar programas redentores ni quita ni añade nada a lo divinamente establecido.

(MMM.): ¿Cómo es tu Dios?

(JMC.): Con muchísima humildad y con mucho orgullo al mismo tiempo si es posible esa combinación. En el Dios que yo creo es el Dios que creía Miguel Ángel y en el que creía Simón Bolívar. Es el mismo. No puedo añadir nada y no me atrevería a quitar.

(MMM.): ¿Maestro a redentor?

(JMC.): Lo veo como el perfecto maestro, que por ser perfecto redime.

(MMM.): Otros ven en ÉL a un revolucionario, a un progresista, a Alguien que vino a cambiar el estado de cosas existentes porque todo andaba muy mal.

(JMC.): No sé, depende. ¿Te refieres a aplicaciones profesionales y oportunistas? Es decir, un político lo ve con una óptica y aprovecha ciertas características de credo, de sus proposiciones.

(MMM.): ¿Hombre o divinidad?

(JMC.): Yo no quiero acogerme a la “Quinta Enmienda” para no contestar a esa pregunta, pero voy darte una respuesta. Creo que esto lo..., prefiero dejarlo en un terreno muy íntimo y declino la responsabilidad de tener que contestar.

(MMM.): : Sigues escurridizo.

(JMC.): No, escurridizo no. Mi negativa es una posición muy definida.

(MMM.): ¿Te sientes cómodo con los nuevos políticos que andan reptando, digo cambiando cosas par el planeta?

(JMC.): ¡Ah, los políticos! Son invisibles, entidades fantasmagóricas con algún porcentaje físico, porque sentimos la presión de sus manipulaciones. No sé, deben ser necesarios, tal como hemos montado el tinglado de las relaciones humanas. Yo quisiera restar importancia al político como elemento consistente en la trama social, pero entiendo mi ilusión, mi desvarío, porque ahí están.

(MMM.): Pero, ¿en algún momento de tu vida tuviste que tomar una postura política?

(JMC.): Sí, claro.

(MMM.): Fuiste un “artista comprometido”. ¿Sigues siéndolo?

(JMC.): Sí, pero no con exclusividad, no siguiendo pautas convencionales. Me importa lo que has dicho, porque siendo chaval y no tan chaval, ha habido momentos en que he tornado partido, he tomado una postura de protesta o de promoción hacia una idea, pero muy circunstancialmente, sin compromisos globales. Hoy no me siento ni dispuesto, ni provocado para asumir actitudes políticas, quizás buscando el beneficio de la buena Geometría de la alienación.

(MMM.): ¿De qué te arrepientes?

(JMC.): (Me mira fijamente, se sonríe y clava su atención en el pedazo de carne (cerebro) de su Guillermo Tell y enciende su segundo cigarro inglés). No me arrepiento de lo que hice y tampoco me arrepiento de lo que no hice. Fui siempre muy espontáneo. En un momento dado me sentí comprometido con el rechazo a un estado de cosas, por ejemplo, la dictadura franquista y asumí la protesta sin llegar a estridencias callejeras. No niego la necesidad de una actitud política cuando la situación lo merece. En extremos de gran sufrimiento, cuando se es impuesta una doctrina o un estado de conducta del poder, que desnaturaliza y va en detrimento de la creatividad de un pueblo, es legítima la protesta para corregir un desafuero así hasta los extremos necesarios. El servicio político que pueden desempeñar los escritores, los pintores, no me atrevo a incluir a los pasteleros, que según Cezanne atienden a una de las bellas artes, debe ser reservado para las grandes crisis, es entonces cuando deben tocar el cencerro de alarma o provocar la congregación solidaria. Parece que hay alguna garantía en que están cualificados para dar un testimonio válido de la inconsistencia de una política malefactora. Luego las cosas se complican dialécticamente y éste casi siempre se retira a su punto de observación.

(MMM.): ¿Crees que has contribuido en algo a la libertad del hombre?

(JMC.): Sin querer ser obtuso al responder, creo más inquietante el afán de libertad que la libertad misma, la cual sólo definimos como proyecto; el deseo de libertad es la esperanza de que vamos hacia ella. Mi pobre contribución hacia ese sueño de la libertad ha consistido y consiste en no pisar contumazmente los

callos de los demás; esto en una medida trivial, es algo, ¿no?

(MMM.): Se dice que el mejor estado de libertad se da en las democracias. ¿Qué opinas de esto?

(JMC.): Seguramente sería así, sin embargo no contamos con un ejemplo definitivo de tal logro; aquí en U.S.A., el ideal Jeffersoniano cojea y en otros países que alardean de exquisiteces libertarias “van de cráneo”. No obstante, el desafío de la aspiración de libertad está vivo dentro del hombre y a lo mejor, con la ayuda del cielo, un día de estos nos damos una grata sorpresa.

(MMM.): Mucho ha luchado el hombre siguiendo ideales y filosofías y muchos hombres buenos han muerto en esas refriegas históricas. Hay vemos que uno de los lados se ha venido abajo y si contamos los caídos nos preguntamos: ¿Valio la pena?

(JMC.): Todo muerto, por muy muertito que sea producido en el exceso político es un desperdicio obsceno de la vida. Atendiendo al tema que sugieres, setenta y tantos años en un sistema que comenzó cruel para unos y ha terminado insostenible para todos, quiero extenderme con este comentario: yo veo como actúa la mano de la providencia en la precipitación de ese desenlace tan venturoso y tendré que hacer un repaso recordando la reunión entre el presidente Bush y Gorbachov en las riberas de la isla de Malta. La selección de este lugar, que entonces nos pareció un tanto improvisada y hasta desquiciante, iba a cumplir puntualmente designios inapelables y absolutos. La selección de Malta, solar de los Caballeros de San Juan, es sin duda el mejor lugar para sancionar el final de la gran aberración histórica del comunismo. Los acuerdos planeados iban a ser firmados sobre una corbeta de guerra (instrumento bélico de escasa importancia y pretendidamente simbólico del desarme a convenir). Las cosas salieron mucho mejor, gracias al reventón telúrico de la famosa tormenta atípica (quien sabe si producida por el enfado del infierno siempre dispuesto a joder) la reunión fue transferida al buque civil Gorki donde bajo palio de reflejos dorados y argentinos (los rusos son muy dados a esas extravagancias), Jorge Bush y Miguel Gorbachov —atiéndeme, Milton— ,ambos bajo la advocación y patrocinio de los dos ángeles que cumplen el rol antisatánico bíblico, se dedicaron “muy de pipí cogido” a dar el carpetazo al drama del siglo veinte.

(MMM.): En tu “Trilogía del desespero” veo cierta referencia al tema vasco, ¿quieres explicarme esta referencialidad?

(JMC.): Esta obra es un retablo que protagonizan tres personajes históricos vascos (o de extracción vasca). Son Simón Bolívar, el libertador; Lope de Aguirre, un rebelde de corte casi perfecto y Agustín de Iturbide, el ingenuo

emperador de Méjico. Ellos representan ciertas ideas y aspiraciones libertarias casi esquizofrénicas que se dan en la manifestación existencial del pueblo vasco. Esta gente (se refiere a los tres personajes de su trilogía), que no tuvieron un final muy feliz, nos legaron su trascendental estilo de libertad que nos permite otra explicación en la fenomenología de la emancipación americana. El Libertador es la figura central y en una placa sobre el pedestal se lee: "Simón Bolívar, El Libertador, quien venció todas las tiranías, menos La Ingratitud, la fruta y las mujeres". Aparece éste representado de acuerdo con la iconografía clásica, además de una balsa de frutas tropicales sobre la cabeza; cerca de la mano que sostiene la espada se apoya un ají picante (como metáfora de la ingratitud). A la izquierda, está situado Agustín de Iturbide y lo represento en una reunión de animales muy de acuerdo con la iconografía pedagógica de la época, la de los reinos pacíficos (el león encamado con la gacela, etc.), entre estos animales, Iturbide sostiene un águila posada sobre su cabeza y una culebra se enrosca en su brazo. El águila y la culebra, que son los animales heráldicos mejicanos, son aquí la Némesis del héroe quien no pudo evitar la vocación republicana de sus súbditos. La derecha la ocupa Lope de Aguirre, el primer etarra vasco, el cual está representado en su condición de desesperado de rompe y rasga con jubones de camuflaje, su familiar cuerda de apretar gaxates y sosteniendo en su mano una carta en la que se lee la irreverencia de "Oye tú, Rey"; su cabeza está tocada con un gorro frigio que es al mismo tiempo falda o enaguas de un diablillo independentista que desde lo alto descaradamente nos hace la señal de la higa. El pueblo vasco tiene un sentido de libertad muy especial que trasciende y toma forma en estas figuras y por triangulación nos dan una perspectiva inédita de interpretación a las glorias de la emancipación americana.

(MMM.): En todas tus pinturas y esculturas se ve como un juego de degradación o desmitificación de lo establecido. ¿Veo lo que quiero o realmente está?

(JMC.): Lo que sí he tratado es de quitar adustez a la figura histórica, corrigiendo el tópico o aspirando a destruir el lugar común. En esa lucha de eliminar lo hierático en la costumbre o desmentir el daño de la mala gana de algunos hacia los demás.

(MMM.): ¿Hacia dónde va tu nueva proyección plástica?

(JMC.): Creo que voy hacia elaboraciones más herméticas, más esenciales de lo que mi quehacer tradicional (la obra figurativa de tantísimos años) me permitía obligado por el anhelo expresivo o formal en el desarrollo de mi obra. Así la figuración habitual mía la sigo haciendo en la escultura, porque esta me reserva una posibilidad dimensional para explicar ciertos temas, mientras que en la obra

plana bidimensional me he lanzado a una exploración en el color y en la forma.
(MMM.): Ya que mencionas la forma, no sé si esto es accidental o una ilusión óptica, pero he visto en algunas de esas formas aproximaciones figurativas a los órganos genitales del ser humano.

(JMC.): ¡Genitales humanos! ¡Qué barbaridad! Sin duda es una coincidencia de la cual declino toda responsabilidad. Supongo que si trabajas con formas elementales que contienen unas propiedades subjetivas en sí mismas puede darse el caso de ciertas obligaciones visuales y yo recomiendo desestimar esta facilidad interpretativa para buscar la formalidad de la obra.

(MMM.): He notado en tu pintura una extrema preocupación por el color expresándote con una paleta muy original. ¿Hasta dónde quieres llegar?

(JMC.): Naturalmente que los pintores somos gente muy preocupadas por el color. Yo quiero tratar el color sin exceso, y sin ausencia, no como recurso, sino como un fin.

(MMM.): Así pues se debe de entender que en tu nueva obra lo formal está sobre lo subjetivo.

(JMC.): No necesariamente, puesto que lo uno no debe de excluir lo otro. Verás: después de haber trabajado durante muchos años con descripciones de eventos y figuraciones humanas, exagerando e inventando elementos de tipo onírico, mágicos y reales, finalmente me encontré inmerso, como quien dice “hasta las tetas”, en un ejercicio estéril y siempre pretendido de contar. Mi situación plástica presente es un acomodo simultáneo; me planteo un adelanto en la proposición formal (color, composición) hasta llegar a una convergencia de contenido estéticamente justificada.

(MMM.): Todo esto que me dices me trae a la memoria la proposición del “arte por el arte”.

(JMC.): ¡Por Dios, no te metas en eso! El arte por el arte es una fórmula válida, así como lo es también el arte como compromiso social, político o religioso. Todo es válido si ese arte se formula con sinceridad y con el rigor de las reglas para atender a las necesidades a las cuales va dirigido, sean ellas las de entretener, enaltecer, educar o meramente establecerse como documento intelectual.

Me invita a un café. Bajamos hacia la cocina y saca del estante una coladera como la que yo usaba en mi país (Cuba) y acudieron a mi mente gratos recuerdos mientras él realizaba en bien ensayados movimientos el sagrado ritual de la colada. Me ofrece uno de sus cigarrillos ingleses y ambos quedamos contemplando en silencio las columnillas de humo de nuestros cigarrillos. “Bonito azul —me dice señalando las volutas”. Le acompaño cuando se dirige hacia el

“Guillermo Tell” el cual empieza a retocar unos ajos y un pimiento que, por la posición en que están, no hay duda de que representan órganos genitales. Me mira y sonrío cándidamente.

Milton M. Martínez.

New Orleans. Mayo 1992.